

Y ya sola, Agripina se dirige
hasta el lecho imperial que ocupa el muerto,
depone el gesto que á su faz aflige,
clama: «¿Nerón Emperador? ¿Es cierto?....»

Gozosa lo repite. No le asusta
fúnebre el eco que su voz arranca;
y olvida que es la mano de Locusta
la que ha doblado la cabeza blanca

del viejo Emperador, y la que ciñe
á Nerón la diadema de aquel muerto;
y al ver que el alba el horizonte tiñe,
clama: «¿Nerón Emperador?.... ¡Es cierto!....»



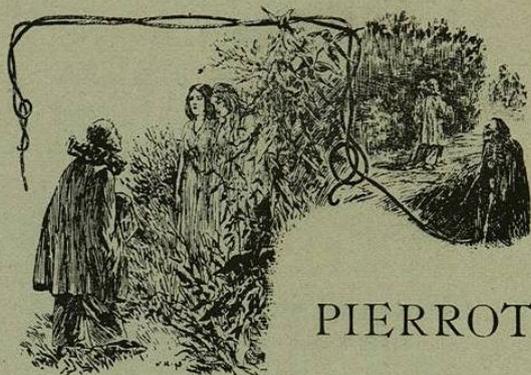
A VICTORIANO SALADO ALVAREZ

El Arte
es único,
¡oh! crítico púnico,
de inútil por viejo estandarte.

Lo bello
es sagrado
y vence el osado
que no á la rutina doblega su cuello.

¿Sujetas
la obra?
De sobra
están cartabones á genios poetas.

No atentes
á Helena.
Evita la áurea colmena
ó afila tus uñas y lima tus dientes.



PIERROT

Pierrot vagando en el huerto
se encuentra con unas bellas,
y hacia el grupo se encamina
más dormido que despierto,
y va siguiendo sus huellas,
y olvida á su Colombina.

Así al espíritu humano,
en la existencia perdido,
le vencen por vario é insano,
la liviandad y el olvido.



RÚSTICA

A Carlos Díaz Dufoo.

Por el erguido tronco, se encarama,
de un cerezo, el rapaz con fácil brío;
y se suspende sobre el claro río,
balanceando la flexible rama.

Ríe tendida en la musgosa grama
bella rapaza de mirar sombrío,
cruge la rama y el rapaz baldío
halla en la arena humedecida cama.

Se yergue, corre á ella en ansias locas
y estalla, ensangrentada, una cereza
comprimida á la vez por ambas bocas;
la dulce niña inclina la cabeza . . .
Han cruzado el umbral de los misterios
y se miran los dos mudos y serios.



BYRON

Cuantos grandes poetas te cantaron
¡oh, el más grande de todos! el coturno
en el vestuario escénico buscaron
ó la acidez del festival nocturno.

¡Ay! nadie con sus manos, la cabeza
rubia como las mieses estivales,
arcángel del dolor y la tristeza,
te coronó de espinas celestiales.

Nadie miró que el horizonte rojo
de tu niñez, abandonada y sola,
insultado en tu hogar porque eras cojo,
te echó á la sociedad como una ola;

como una ola de dolor, amarga,
más aún que las ondas de los mares
que llevan tu país como una carga
á través de los tiempos seculares.

Y esa que el genio te ciñó á la frente,
de culpa y penas fúlgida diadema,
es de este siglo la corona ardiente
que alumbra con el fuego en que se quema.

La epopeya llevaba por Europa
de la revolución el estandarte
al grito brónco de la estulta tropa;
se iba Jesús, y con Jesús, el Arte.

Las rojas chispas de la inmensa hoguera
que incendiara á París, iluminaban
con siniestro fulgor la tierra entera,
el trono y el altar se desplomaban;

cuando en medio del rojo cataclismo
despertaste al ensueño de la vida,
mirándote, entre el cielo y el abismo,
sin alas que extender en la caída.

El fango te manchó. Aquella gloria
amasada con sangre en el proscenio
de la tierra, partícula de escoria,
no pudo un pedestal dar á tu genio.

Nunca en tu frente pálida de niño,
circundada de luz, de luz eterna,
nunca su beso colocó el cariño,
nunca rodó la lágrima materna.

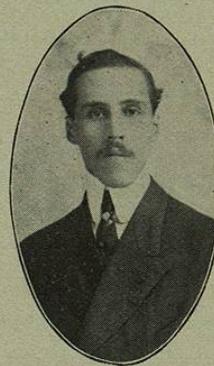
¡Oh, lívida y letal melancolía!
diosa de los crepúsculos del alma,
tú, sólo tú, su amarga poesía
ceñiste de laureles y de palma.

Tú le seguiste al término remoto
adonde le arrojó la turba necia
y, ofrenda funeral, tu flor de loto
deshojaste en la frente de la Grecia.

Entonces, sólo entonces, sobre el yerto
poeta del dolor y de la muerte,
retendió la ciudad, gimió el desierto
y Atenas resurgió, próspera y fuerte.

Hasta la misma Albión, tu ingrata cuna,
tus restos trajo en procesión gloriosa,
como una madre que á su hijo encuna
en sus brazos de *Mater Dolorosa*.

Á su sepulcro acércate muy quedo,
ya que vas á morir, Siglo sin alma,
y pregunta al oído de Manfredo
si halló en la tumba la anhelada calma.



15 DE SEPTIEMBRE DE 1810

A mi hijo Emilio.

La noche en torno; la luz
de la aurora no lejana
y la voz de la campana
llamando al pie de la cruz.
Entre el espeso capuz
de las sombras que se van,
voces extrañas que dan
sus ecos vagos al viento,
que pasa á veces violento
con ímpetus de huracán.

En el espacio dormido
aun cintilan las estrellas;

deja sus pálidas huellas
la exhalación que ha partido
en el zafir; encendido
fulgor argentado inflama
á Venus que dulce clama
al amor en el espacio;
y es el Ether un palacio,
y el alma mística llama!

Flamea en el infinito
de Tauro el ojo sangriento;
en las regiones del viento
igneo estalla el aerolito.
Á veces agudo grito
que rompe el silencio augusto,
voces de duelo, de susto,
levantan ecos lejanos,
y sombras y espectros vanos
giran en concierto adusto.

Medrosos pasos, rumores
que en la calle se confunden,
un vago pavor difunden
por la villa de Dolores.
Luego son sus moradores
despertados á deshora
por la campana sonora,
que con lengua férrea canta,
y de los duendes espanta
la turba desveladora.

Cae el viento, estremecidos
quedan los árboles dando
arrullo amoroso y blando
á los pájaros dormidos.
Por entre el musgo escondidos
murmuran los arroyuelos,
y de la niebla los velos
rompen al correr sonoros,
diciendo en risas y lloros
su monólogo á los cielos.

Se apagan las nebulosas,
brumas con ansias de astros,
y dejan enormes rastros
de polvo de blancas rosas
en sus rutas prodigiosas;
y entre la noche la Tierra,
del llano á la última sierra
copia de génesis mudo,
con extraño impetu rudo
elaborando la guerra.

En fulgor de ópalo y grana,
al Oriente el horizonte,
se enciende y reviste el monte
su púrpura soberana.
Alborea la mañana,
y entre la iglesia ya abierta
y el pueblo que se despierta,

se yergue un severo anciano
con fuerte espada en la mano,
como guardando la puerta.

¡Libertad! grita su boca
ante la atónita gente
que alza la humillada frente
y á la libertad invoca.
La campana herida toca
con desusada alegría
y al viento sus notas fía
de libertad y esperanza;
la luz presurosa avanza,
surge el sol, y nace el día!

El pueblo con hondo afán
armado de extraña suerte,
clama libertad ó muerte
con alientos de volcán.
Desde el prócer al jayán,
de noble entusiasmo rojos,
se postran todos de hinojos
proclamando empresas locas,
y rezan todas las bocas,
y lloran todos los ojos.

Y se viene á recordar
que aquel simbolo cristiano
que trajo el soldado hispano

cuando vino á conquistar,
es para el que va á luchar
el más glorioso pendón:
más temible que el cañón
para los déspotas viles . . .
y presentan sus fusiles
al signo de redención!

Hidalgo, el anciano noble
de heroica virtud ejemplo,
penetra seguido al templo
del pueblo con ansia doble.
En tanto el marcial redoble
del tambor al resonar,
anuncia que va á empezar
el sacerdote patricio
el divino sacrificio
de la patria en el altar.

Él, con majestad sencilla,
ante la turba inclinada,
alza el hostia consagrada
y la gente se arrodilla.
Blande después la cuchilla
aquel obscuro adalid:
abierta queda la lid,
y á Dios resonante implora
la música triunfadora
de los salmos de David.

Ah! muy pronto entre el fragor
de la lucha desigual
que riñen el bien y el mal
con homérico valor:
al oirse el estertor
del infeliz moribundo,
alzarán eco profundo
esos cantos sobrehumanos,
que anuncian á los tiranos
la libertad de este mundo.

Y con ansias infinitas
rugirá el león sañudo,
porque un castel de su escudo
ha perdido en Granaditas.
Ante sus glorias marchitas
verá los nuevos pendones;
bajo ellos los corazones
heroicos á todas luces
que han de servir en las Cruces
para apagar los cañones.

Ah! la victoria á sus pies,
que mueve á los insurgentes
el hálito de valientes
de Cuauhtémoc y Cortés.
El triste virrey después,
oye en su mansión sin gloria
los clamores de victoria
con que libres y arrogantes

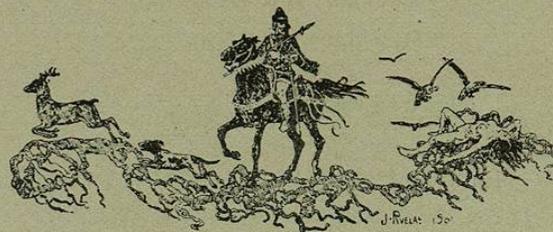
aquellos nuevos gigantes
van escalando la historia.

Luego á Hidalgo, al Redentor,
el vilipendio, la muerte:
que se guisan de esa suerte
la grandeza y el dolor!
Mas creación de su amor
y sus heroicos anhelos,
de nuestra patria en los cielos
deja aquel sol que perece,
un astro que resplandece
sin ocaso: el gran Morelos.

En el cielo su ideal
flotando alado y triunfante,
bajo él su sangre humeante
de la patria agua lustral.
Baño de luz inmortal
que Chihuahua recibió
y en ánforas recogió
de gratitud y heroismo
y el ángel del patriotismo
de eterno lauro ciñó.

Hidalgo, Padre, del mar
que resuena en Veracruz
al Pacífico que en luz
baña el sol al declinar;

desde donde vió pasar
el Maya siglos de historia
hasta la línea ilusoria
que linde impone al extraño,
creces, Padre, cada año
con nuestro amor y tu gloria.



AL AUTOR

DE

“LOS MURMURIOS DE LA SELVA”

I

En medio de mi noche, como suele
música inesperada hasta el oído
llegar, entre la brisa que la impele,
llegó tu canto por mi bien traído;

y feliz al acento de tu avena,
libé la miel de tus divinos versos;
y mis hondos tormentos y mi pena
huyeron destrozados y dispersos.

II

¡Qué azul estaba el cielo y qué brillante
el sol sobre las ondas encendido!
En torno el mar bañaba resonante
con sus espumas, mi bajel erguido.

¡Qué larga estela de rubi dejaba
al avanzar llevado por el viento,
y á qué sueños enormes despertaba
al bello panorama, el pensamiento....!

¡Ah! de repente sorprendí la cumbre
blanca del monte en las hinchadas olas;
un faro de las almas con su lumbre
diciéndonos de lejos: no estáis solas!

Los reflejos del sol en los cristales
del agua rota por la fuerte quilla
eran lujo de luces tropicales,
al avistarse mi natal orilla.

La playa sus inmóviles arenas
en vasto anfiteatro desplegaba
y hundía en nubes de colores llenas
su flecha de cristal el Orizaba.

¡Qué veste de esmeralda la del monte
y qué verde el del mar estremecido!

¡Qué fulgor espectral del horizonte
entre el agua y el cielo suspendido!

En pie, risueño, en la robusta prora,
vi realizarse mi ideal incierto;
la nave de los mares triunfadora
echaba el ancla en el soñado puerto.

Sonó al romper con rapidez el agua,
y, hundiéndose en la masa cristalina,
hirió al titán que entre las ondas fragua
la tempestad, la muerte y la ruina.

Veloces hacia el buque, desde el muelle
los botes se acercaron en contorno;
y empezóse á sentir como de un fuelle
el aliento pasando sobre un horno.

¡Oh! la caliente costa de mi tierra
hollada por mis pies!....me parecía
sueño mirar su levantada sierra
bajo los rayos tórridos del día.

Aun sonaban las ráfagas del Norte
en mis oídos, y la blanca nieve
creí mirar con su letal cohorte
de árboles secos y de bruma aleve.

El regreso á los trópicos de una
ave inexperta que llevara el viento

hacia el polo, por bárbara fortuna,
entonces fué mi solo sentimiento.

Y revivió la eterna poesía
de la naturaleza, la zampoña
volvió á sonar al término del día
bajo la enredadera que retoña.

Las baladas tristísimas dejaron
el campo libre al sonriente idilio,
y los rudos pesares se acallaron
con los vernalés cantos de Virgilio.

La ausencia de la patria, como un sueño
su recuerdo dejó solo en el alma,
y hube de nuevo en plácido beleño
de reposar bajo la esbelta palma.

Después.....tornó con su brutal tristeza
el dolor, penetrando hasta mis lares,
y coronó de abrojos mi cabeza
y disipó los délficos cantares.

III

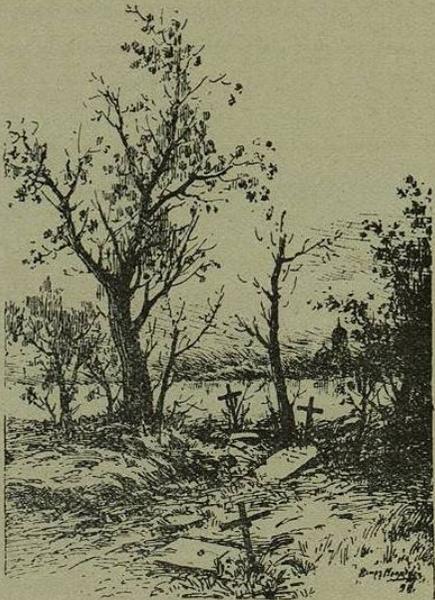
Hoy tú revives con tu grácil flauta
á las musas del claro Pausilipo;
y audaz, como el helénico argonauta,
das, vencedor, el olvidado tipo

del arte antiguo á las estrofas nuevas,
cubres de mirtos y laurel el suelo,
y arrebatas las almas y las llevas
tras de tu numen por el amplio cielo.

Canta, poeta; mi dolor olvido
oyendo departir á tus pastores,
y siento aún mi espíritu encendido
con la llama feliz de los amores.

Canta! y tu voz, en cañas desiguales
cogidas en el bosque, presto vuelva
á adormecer los vientos invernales
con los dulces *Murmurios de la Selva*.



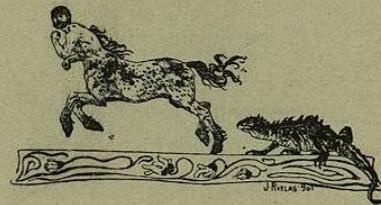


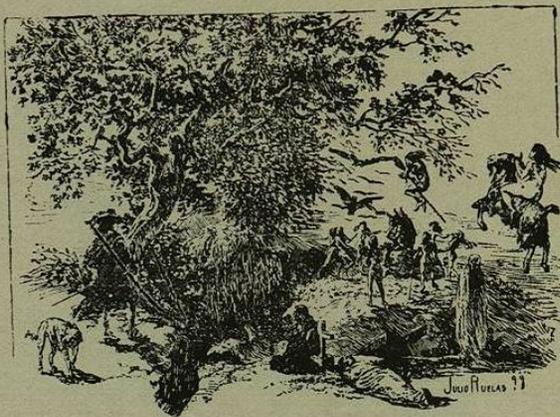
GRAL. ANTONIO ROSALES

El invasor,
en pos de glorias y de medro,
llegó á las bellas tierras de occidente;
Rosales, con valor,
arrólló su arrogancia
en los rientes campos de San Pedro;
y el soldado valiente,
dechado de virtudes y de amor,

sobre los hijos de la vieja Francia
su magnanimidad echó clemente.

Los bravos enemigos,
en medio de la lucha asoladora,
trocados por el héroe en sus amigos
adictos y leales,
querían, á toda hora,
«ser mejor prisioneros de Rosales
que jefes de la pléyade invasora.»





¡OH! LOS CUENTOS.....

Oh! los cuentos infantiles
de las madres ignorantes!
en que enanos torpes, viles,
vencen á nobles gigantes.

En que espantosos endriagos,
en extravagantes pujas
con fantasmas y con brujas,
hacen en el alma estragos.

Idos lejos, si, muy lejos;
fuera insensatas consejas.
De la luna á los reflejos

cuenten al niño los viejos,
la labor de las abejas!

No truequen fuerzas amigas
de la existencia penosa
en hostiles ó enemigas:
la espina sirve á la rosa.

